

# BUEN HUMOR

61  
BIBLIOTECA  
40 CENTIMOS  
MADRID



Ella.—Y usted, don Putrefacto, ¿qué hizo cuando se dió cuenta de que comenzaba a quedarse calvo?  
El.—¿Qué iba a hacer? ¡Tirarme de los pelos!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 605. Habana

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos  
polvos insecticidas

LEYER Y COMP.<sup>A</sup>

Son infalibles para la destrucción de toda  
clase de insectos



# NUESTROS CONCURSOS

El del mes de agosto

## CUARTA LISTA DE SOLUCIONES

Carlos Galán.—Madrid.

Francisco García Alonso.—Murcia.

Julián de la Fuente.—Madrid.

Luis Sanchís.—Valencia.

Maruja García Córdoba.—Barcelona.

Andrés Pombo y Marín.—Madrid.

Jorge Pérez Sierra.—Pontevedra.

Eloy Soriano.—Madrid.

Pepita Sáinz Alonso.—Granada.

José Ruiz Rey.—Almería.

Pablo Sangro.—Cáceres.

A. R. S.—Cádiz.

Mariano Arias.—Jaén.

Enrique Uriarte.—Ávila.

Rafael del Valle y Sanz.—Cádiz.

Ruperto Torres.—León.

O. Iriarte.—Madrid.

María Luisa Cerón.—Madrid.

Vicente Recuero y Campos.—Madrid.

Alvaro Menéndez.—San Sebastián.

Miguel Solano.—Valencia.

Francisco Esteban Márquez.—Tetuán.

Jenaro Torréns.—Murcia.

José Lozano.—Madrid.

Luis Casado.—Madrid.

Martín López Roldán.—Madrid.

Jesús Viejo.—Valencia.

Manolita Llanos.—León.

Rafael Jardón.—Madrid.

Eduardo Gómez Encinas.—Barcelona.

Ruperto Angulo.—Valladolid.

Julián Mora.—Zaragoza.

Jesús Hernández.—Sevilla.

Josefina Pérez.—Madrid.

Antonia Planets.—Valencia.

José Luis Jodrá.—Madrid.

Leandro Iglesias.—San Sebastián.

J. L. M.—Soria.

Diego Huertas.—Cádiz.

Leopoldo Ródenas.—Tarragona.

J. Rivera.—Madrid.

"Una morena".—Sevilla.

Ramiro Riesgo.—Madrid.

J. Gómez Castillo.—Madrid.

Angel Blanco.—Santander.

Pedro Domínguez.—Madrid.

Antonio Delgado.—Madrid.

Guzmán García Herrero.—Madrid.

Enrique Soto.—Madrid.

Guadalupe Alcocer.—San Sebastián.

Valentín Espino y Espino.—Huelva.

Nicolás Gascón y Martín.—Sevilla.

María del Carmen Sarasúa.—Madrid.

Eufrasio López.—Madrid.

Ignacio Martínez Montoya.—Santander.

Rafael Montero.—Barcelona.

Pilarcita Hernández.—Barcelona.

Eladio Galán.—Santa Cruz de Tenerife.

Rosita Sampelayo.—Madrid.

Lucio Molina Torraño.—Madrid.

Manuel Jiménez.—Santander.

León Herrera Zaldivar.—Madrid.

José Luis R. Hidalgo.—Almería.

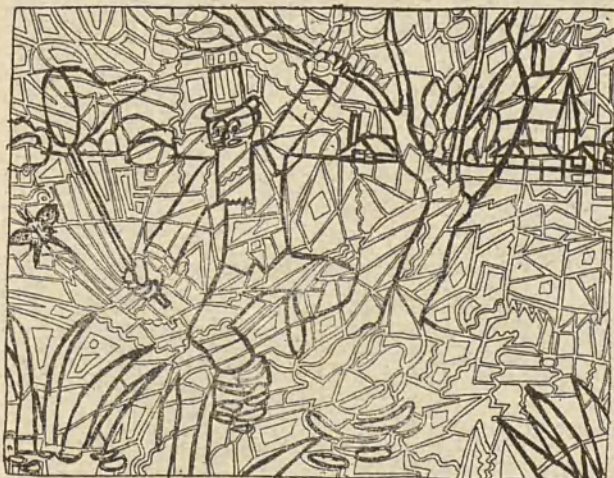
M. Ortega Girón.—Málaga.

Federico Ruiz Sánchez.—Madrid.

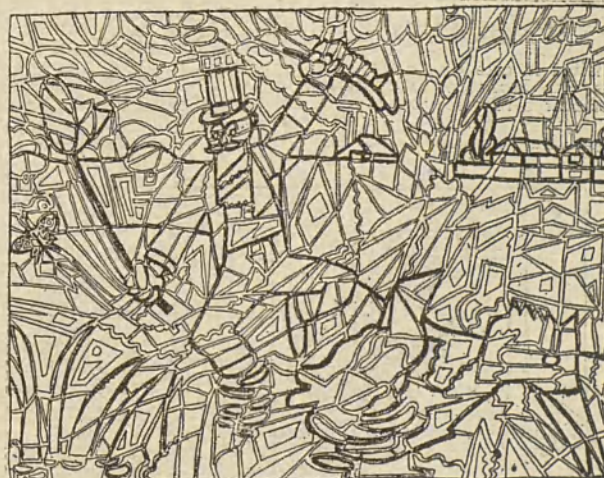
César Carrillo.—Alicante.

Adelaida Garrido Carrasco.—Madrid.

A. Gallego López.—Valencia.



R. Lozano.—Valladolid.



Encarnación González.—Madrid.



**Editorial Pueyo**

6. Arenal, 6.—Madrid.  
La casa más conocida de Madrid en su género y que por su seriedad y prestigio recomendamos con verdadero interés a nuestros lectores.

**MANUEL FERNANDEZ**

Droguería-Perfumería

Alberto Aguilera, 38

SEÑORAS

HAGAN TAPICES

**ZORNOZA. - Arenal, 20**

Alfombras, calidad superior, resultan más económicas que en parte alguna.

**"LA CORUÑA"**

RESTAURANT ALCALA, 4

TELEF. 14000

El restaurant más conocido y popular de Madrid. Excelente servicio. La casa preferida por el público madrileño.

**LUNA, 15 PANADERIA FRUTERIA**

La honradez y laboriosidad de su propietario, querido amigo nuestro, han hecho de esta casa la preferida del público madrileño.

Ferretería, batería de cocina, cubiertos, jaulas, termos, cuchillos, herramientas, candados y cerraduras de seguridad.

**Damián Rodríguez Torres**

Hortaleza, 28 e Infantas, 3

**Motociclistas**

Visítad la casa de Tomás Fuentes, San Bernardo, 102, antes de comprar o reparar vuestra motocicleta.



El norteamericano que odia la ley seca y gasta una broma con sus paisanos, enviándoles su fotografía hecha en una taberna de París.

(De Le Rire.)

**Gran Restaurant LA CRIOLLA de: MANUEL COQUE**

La cocina mejor surtida.—Comedores independientes.  
Servicio a la carta.—Abierto hasta la madrugada.

FUENCARRAL, 87 Teléf. 16.722. MADRID

**DANDY**

Crema para el calzado. Brilla más que el sol.  
Fabricante:

D. Manuel Fernández.  
Carrera de S. Jerónimo, 14

**¡¡ ATENCION !!**

No olvidar que la Droguería y Perfumería más popular en Madrid es la de

3. CADIZ, 3

**CANAS****INVENTO MARAVILLOSO**

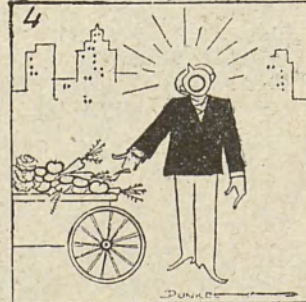
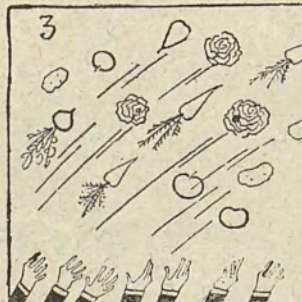
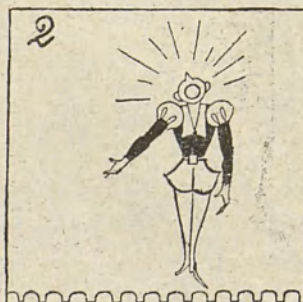
Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO  
CASPE 32  
BARCELONA

**CASA RAMOS**

PELUQUERÍA DE SEÑORAS  
La casa predilecta del público elegante. Bisoños, artículos de perfumería.  
HUERTAS, 7.—MADRID  
Sucursal en VALLADOLID, calle del Duque de la Victoria.—Sucursal en MADRID, Plaza del Rey, 5, telf. 10839.



EL EXITO DE UN ARTISTA

(De Everybody's.)



## EL APURO DE "IÑÁ" O

## CUENTO ANECDÓTICO

—Cuando vino a Los Parmares la "misión"...

—Cuenta usted, ñá Justa.

—Pos verá usted, ñá Rosa: Eran dos frailes: el uno gordinflosillo y coloradote, hija, ¡qué salero tenía predicando!... ¡Ná de tristes pa llorá, ni vos pa azustá a la gente! Empezaba con un latín, azín por lo bajini, como er que no quiere la cosa, y cuando menos te lo esperabas, rompía a desí un chascarrillo, que era morirse de risa. ¡Hasta cuentos una mijita picantes!...

—¡Ojú!

—Sí, señora; pa atraé a los hombres. ¡Azín se ponía aquello de hombres, hija, que no cabían en la ilesia! ¡Qué regrasioso era er pajolero fraile! Como que en cuanto hasía movisión de bajarse der púrpito ya tenía a tó er mundo gritándole: ¡Otro! ¡Otro!

—Mañana, hijos míos, desía er santo varón; y le dejaba er puesto ar segundo fraile, y... ¡aquí te quiero ver escopeta! ¡Vaya pico de oro y vaya forma de enternesé los corasones! ¡Qué voses, qué puñetasos, qué lamentos!... Y cuando ya nos tenía a tós sobrecogios, hija, sacaba un crucifijo, se arrancaba llorando con aquello de:... "Aquí lo tenéis, márti por vuestros pecados"... ¡Y hombres como jastiales caían de rodilla pidiendo confesión!

¡Qué güena cosa pa la religión son las "misiones"! ¡Hasta los más republicanos, hija, jincaron er pico y se confesaron entonses!

Claro está que er que tenía más partío era el fraile grasioso. El hombre metía mano a confesá a las seis de la mañana y le daban las seis de la tarde sin arrematá la tarea.

Por sierto que a la ñá O —ña O, la del horno—le pasó una cosa... que tuvo salero.

—¿Qué fué, ñá Justa?

—Pos verá usted, ñá Rosa: la ñá O, que ya sabemos toas lo mormuraora, lo retrechismosísima y lo enreaora que es, en su vía se había confesao. Lo cuá que andaba ella hasiéndose la remolona y queándose pa la última, por miedo, ¡figúrese usted!, a que la pusieran una penitencia que diera que hablá a la gente.

—¿Y se la pusieron?

—¡Calle usted, cristiana! Verá usted: ar fin se desidió, y una mañana mu temprano, apenitas habían abierto la ilesia, se coló como rata por gatera, pensando que no la veía nadie, y se fué, tan girocha, derechita ar confe-

sonario donde estaba er fraile de los chascarrillos. Este, pensaría ella, me pondrá una penitencia fási, porque como es de tan güen naturá...

—La mu lagarta...

—Pero no contó con la güéspedes. Y la güéspedes era que en aquer punto y hora se estaba confesando el Remonta—Remonta, mujé, er gitano de la calle Enladrillá—, ese perdío que cuando no está preso lo andan buscando...

—¿Pero ése también se confesó?

—¿No le digo a usted que se confesó titito er pueblo, hija?

—¡Hay que vé!

—La confesión der Remonta la oí yo, no por curiosidá, ¿sabe usted?, sino porque yo me ponía a resá tan cerca der confesonario que daba la casolidá que sin queré me enteraba de tó. ¡Las cosas que oí! ¡Si yo me fuera de la lengua!... ¡Pero tiempo habrá!

Güeno, pos como le iba a usted disiando, se estaba confesando er Remonta cuando llegó la ñá O y se arrodilló esperando su turno.

Y er fraile desía ar Remonta:

—Hijo mío, es presiso que dejes esa afisión que tienes a robá las bestias, y que te ganes la vía como las personas desentes: trabajando.

—¿Pero en qué, padre de mi arma, si yo no sé hasé na?

—Hombre, pa trabajá en er campo, no creo que haga falta ningún aprendizaje.

—Pa eso tengo yo los güesos mu duros, padre.

—Tienes razón. ¡Pero yo quiero que tú trabajes, y trabajarás, o poco puedo!

—¡Hombre, padre, no se ponga usted así!

—Yo te buscaré ocupasión. No hay hombre que no tenga una habilidá. ¿Cuál es la tuya?

—¿Yo? ¿Mi habilidá?...



Dib. SILENO.—Madrid.



Pos yo cuando era chico hasía títeres.

—¿Cómo?

—¡Títeres! Y yo no sé hasé más que eso: ¡títeres!

—¡Güeno, eso me lo dises, porque crees que vas a librarte de ganar er pan honradamente, pero te equivocas. Yo removeré Roma con Santiago y te meteré en una compañía de titiriteros.

—¡Pero, padre!...

—¡No hay padre que valga!

—¡Hombre!...

—¡Ni hombre, ni nada! ¿Qué clases de títeres sabes tú haser?

—Pos yo sé hasé er pino.

—¿Y eso qué es?

—Pos que planto la cabeza en er suelo, alevento las piernas, y así me queo más tieso que un juso, tó er tiempo que sea menesté.

—Güeno: pues pa que yo vea que no me estás engañando, y es verdá lo que dises, esa es la penitencia que te echo. Ponte ahí en medio de la ilesia, con la cabeza en er suelo y las piernas pa arriba, y resa una sarve.

Conque va, er Remonta, le besa la mano ar fraile, se planta en medio de la ilesia, y ¡a la una, a las dos, a las tres!... ¡zás! que jase er pino, hija, como los propios ángeles.

—Mu bien, hijo, mu bien, le desía er padre dende es confesonario,

está mu bien; puedes marcharte ya.

Y mu contento con que er Remonta no lo hubiera engañao, le jiso una seña a la iñá O pa que se asercara a confesarse.

Lo cuá que se aserca la iñá O y le dise ar fraile:

—¡Hoy no, padre!

—¿Por qué no, hija?

—Porque hoy no. Lo dejaremo pa mañana.

—¿Pero, por qué?

—Porque... ¡porque hoy no traigo pantalones!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

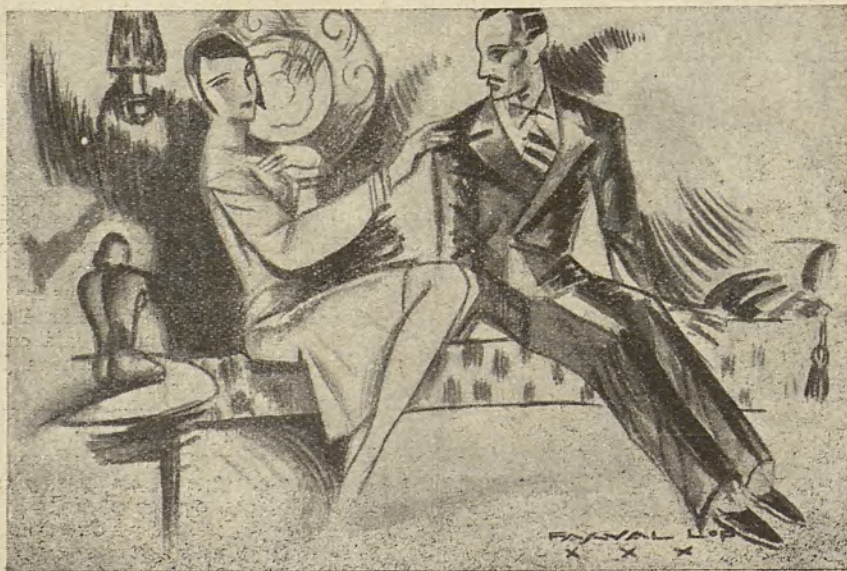
## MELONADA

Los que han pasado en la corte lo fuerte de la estación canicular y han estado libres del mucho calor que produce la familia, a la cual, por previsión, han mandado a Guadarrama, o a San Sebastián, o a los Picos de Europa, se encuentran en pleno septiembre con el mercado de melones de las Vistillas, lector; mercado muy pintoresco,

que presenta bajo el sol de Madrid una variada y abundante colección de melones y sandías que ora encierran gran dulzor, ora un alma pepinacea que es una desilusión. Quisiera tener el estro de Horacio, el de Badajoz, o el numen de Buscarini o el de otro gran trovador medieval, para cantarte la excelencia del melón

y la suprema elegancia de la sandía; esos dos frutos que en plenas Vistillas de manifesto están hoy, con un millar de pepitas en las entrañas. Y no cae hace un siglo en las puertas un mísero chaparrón; pero cuánto melón sale de allí calado... ¡Qué horror! Y si no fuera porque uno se fija en la colección de compradoras flamencas que cercan al vendedor, hay veces que, viendo tantos melones juntos, ni Dios sabría lo que era aquello, si era mercado, sesión del Municipio, asamblea de académicos de pro, fiesta de juegos florales o mitin demoledor. ¡Si hasta parece que alguno se va a salir del montón y va a pedir la palabra y a echar un discurso atroz! En fin, quiera Dios que estemos muchos años bajo el sol, yéndonos a las Vistillas con chulapas de mistó, de esas que en el puesto compran un pepino superior, ¡y tan sólo con mirarlo le convierten en melón!...

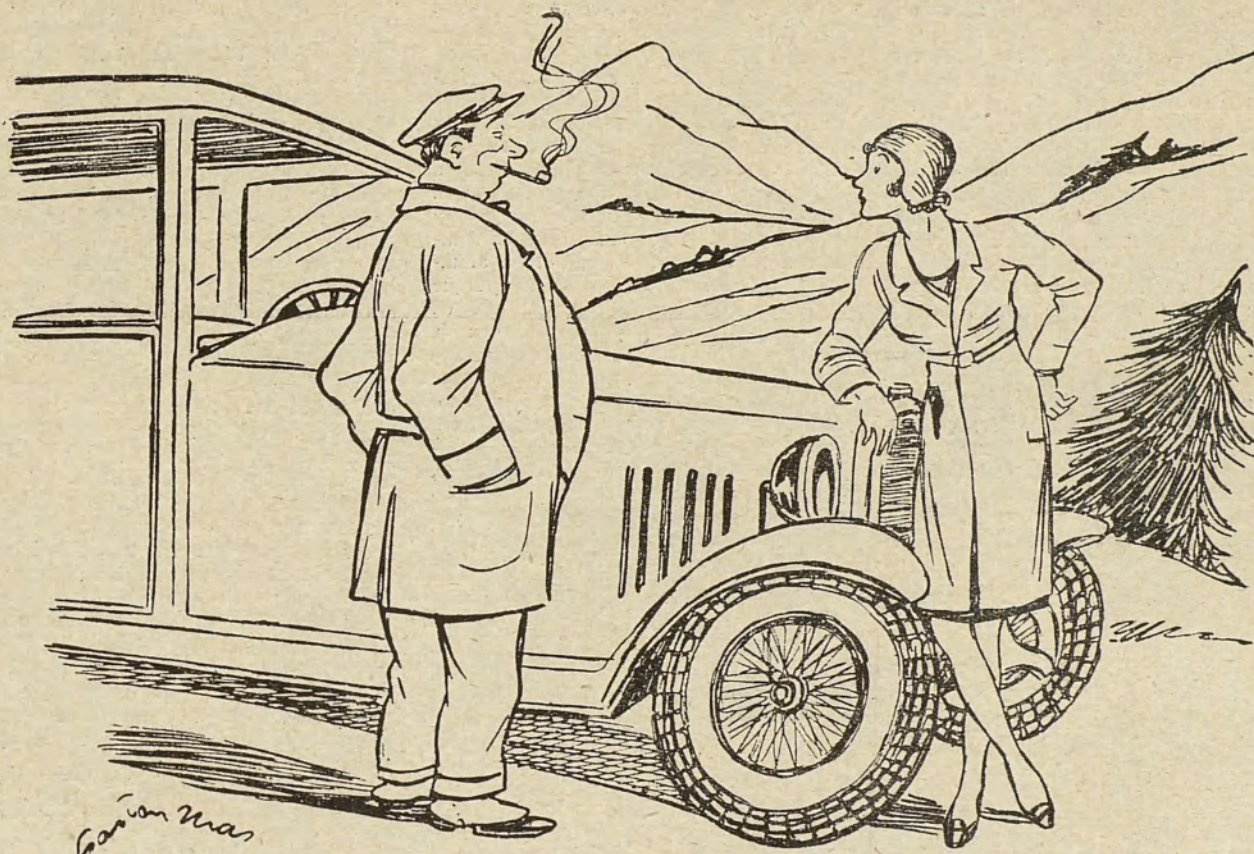
JUAN PEREZ ZUÑIGA



El novio (a la actriz).—Y cuando nos casemos, ¿renunciarás al teatro?  
La novia.—¡Naturalmente! Es mi costumbre.

Dib. PASCUAL.—Valencia





Ella.—¿Tú que harías si nos estrellásemos?

El.—Enterrarte, hija.

Dib. GASTÓN MÁS.—París.

## LO QUE NO HEMOS PODIDO DECIR MIENTRAS HUBO CENSURA

No sé si cuando mis lectores pasen sus dormilones ojos por estas líneas habrá vuelto a establecerse la Censura; pero, en el momento en que las estoy escribiendo, todavía no... Quedamos, pues, en que si el Santo Cielo no dispone otra cosa más incómoda, el artículo que van ustedes a leer será el primero en siete años que aparece escrito como a mí me da la gana.

Al considerar que va a suceder así, la alegría me invade, la satisfacción me engorda, el optimismo se rezuma por mis regiones más porosas, y el orgullo brilla en mis altivas pupilas expresando mi inalienable derecho a ser libre como el aire (entiéndase libre como

el aire que está libre, porque hay aires que no lo están, como, por ejemplo, el aire que un músico mete dentro de un clarinete, sin respeto ninguno a su soberana independencia).

De hoy en adelante (hasta que venga otra Dictadura, que, en vez de militar me gustaría que fuese eclesiástica, o, por lo menos, aeronáutica), cuando un servidor se ponga a escribir, no lo hará con la secreta angustia de acabar en una húmeda cárcel, condenado arbitrariamente a catorce años de cadena y tres meses de reloj. Eso de tener que escribir tentándose el pelo (cosa difícil para los que, como yo, disfrutaban de una calvicie rotunda), o tentándose la ropa (cosa im-

posible de hacer cuando se escribe en una playa y lo hace uno en cueros para mayor claridad), era ya tan humillante, tan cargante, tan desconcertante y tan abracadabrante, que no se explica cómo ha habido quien lo aguante.

Afortunadamente, todo eso se ha terminado, como el dinero en mi casa; y el escritor puede ya decir lo que tenga por conveniente, mientras no sean blasfemias, interjecciones, tacos, insultos a las Compañías ferroviarias, groserías sicalípticas, calumnias infames a los sacristanes indefensos, críticas al Poder constituido o por constituir, chirigotas sobre la elegancia del gorro frigio, alusiones a los concejales ávidos de algo,



dictorios irritados acerca del monopolio del petróleo (al que llama mi portero el monopolio del *petrólio*, y mi portera el *monopóleo* del petróleo, y creo que ambos hacen bien), etc., etc., etc., y varios etcéteras más.

De manera que, en vista de esta absolutísima libertad para escribir de todo y sobre todo, yo voy a proceder hoy a escribir sobre las tremendas calamidades que el imperio de la Censura depositó sobre mis espaldas durante el transcurso de los siete años de marras.

No pueden ustedes adivinar, aunque tengan más penetración que una punta de París, la serie de sacrificios que mi honrada pluma ha tenido que confeccionar para no incurrir en la iracundia tachadora de los censores. Aterrado a todas horas ante las consecuencias que podía acarrear una ligereza, llegué a convertirme en mi propio censor y me borraba a mí mismo las cosas más fútiles, nimias, idiotas, candidas y circenses que se me ocurrían. Llegué a

más: a temer un desliz, como si yo fuese una soltera expuesta a todas las tentaciones masculinas, y débil para resistirlas... ¡Una verdadera e ignominiosa vergüenza, en suma!

Erratas que salían en el periódico (y de las que yo era menos responsable que de la construcción del monumento a Cervantes), me tuvieron días enteros en la cama, efecto del horrible disgusto y de lo cómodo que se está sobre un *somnier* a ciertas horas en que el sol ilumina con fuerza... Una vez fué porque la errata convirtió a *Calvo Sotelo* en *Calvo Sopelo*; otra, porque, en vez de decir, como yo había escrito, *Galo Ponte*, dijo *Galo Quitate*; otra vez porque a *Primo de Rivera* se le llamó *Sobrino de Rovira*; otra vez porque a *Martínez Anido* se le puso, y con letras mayúsculas, *Martínez Anvuelto*, y, finalmente, ¡y esto es lo que me hizo pasar un susto más mayúsculo que las letras!, otra vez en que yo escribí con letra muy clara *Dictadura*, y me encontré en el periód-

co con una *Dictablanda* que me horro-rizó, hasta el extremo de agarrar la diabetes con todas sus dulces consecuencias...

Prueba del miedo que yo pasaba al elaborar mis desafueros humorísticos, es el que pasé año y medio vacilando ante el deseo de llamar gallardo a Callejo, porque creía que me podía costar una multa terrible la osadía de llamarle a Callejo una cosa que era Ossorio... Y cada vez que nombraba a Romanones tenía buen cuidado de afirmar que no era correligionario suyo, y para dar más fuerza a mis negativas, escribía *Romanonesnones*, aunque en la imprenta me lo corregían siempre, creyendo que estaba loco o cosa así...

Sin embargo, debo hacer constar que, gracias a mis precauciones, solamente una vez en los siete años se cernió implacable sobre mi prosa el sangüíneo lápiz censurante. Fué un día que, creyendo hacer una travesura salerosa, porque por aquel entonces no se permitía nombrar a Cruz Conde con ningún pretexto, afirmé que Cruz Conde era un hombre sin tacha. Y, efectivamente, la Censura se encargó de ponerle la única tacha con que ni él ni yo habíamos contado. Espero que reclame a la Censura y me dé a mí las gracias, que bien las merezco, aunque le diga lo contrario si me las da.

Ahora bien: una cosa es que yo no haya sido censurado como otros dignos compañeros y prójimos, y otra cosa es que se suponga que yo no era contrario a la Dictadura. Al contrario: era contrario como el que más contrario haya sido. La demostración más palpable está en la colección de cosas que yo pensé decir, y que no dije porque lo pensé mejor.

Pero como pensé también decirlas cuando pudiera, voy a decirlas ahora porque, gracias a mi buena memoria, no se me ha olvidado ninguna.

He aquí, señores, la serie de rotundas verdades que tuve que callarme, ante la categórica seguridad de que la Censura me las hubiera puesto perdidas de borrones:

Que Calvo Sotelo no ha sido guapo nunca.

Que el asfalto de la carretera de Vigo a Vallecas es de segunda mano.

Que Mussolini escribe *hombre* sin hache y no ha leído de Pérez Galdós más que una tarjeta.

Que las patatas se han subido en Galicia por culpa de la visita de propaganda y de zarabanda de Guadalhorce y demás amigos.

Que Yanguas padece a veces un flato muy poco constitucional.

Que en la Unión Patriótica no han ingresado nunca boxeadores, jefes de estación, barítonos, campeones de ajedrez, banderilleros de fama ni viudas barcelonesas; y que, por lo tanto, no era cierto que contasen con todas las representaciones de la opinión española.



El boxeador.—El combate lo perdí por tirarme usted la esponja.

El "manager".—¡Hombre! Pero eso lo hice porque vi que te estaba dando un baño.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.



Que la construcción del ferrocarril, directo a Burgos no influirá para nada en el aumento de la producción de sostenes de señora en las fábricas de la Península.

Que en Badajoz hay doce republicanos de acción y uno de Almorchón.

Que el general Gómez, perpetuo dictador de Venezuela, a pesar de presumir de católico, no sabe quién fué San Cal-

purnio de Antioquía, ni mucho menos las señas de la casa donde vivió.

Que en España son partidarias de la enseñanza laica todas las señoritas de conjunto de los teatros frívolos; y decimos esto porque no creemos que el enseñar lo que ellas enseñan pueda calificarse de enseñanza religiosa, a pesar de que verdaderamente lo que enseñan es todo lo que Dios las ha dado; y esto

parece al pronto que tiene cierto carácter místico.

Y, para concluir, que la revolución desde arriba no será un hecho hasta que no comience en una guardilla. Y como los que la pueden hacer desde arriba no se meterán en una guardilla ni a tiros, pues quedamos en que no comenzará nunca.

ERNESTO POLO

(Se continuará el año que viene.)



—Caballero, ¿me hace el favor de decirme cómo se las arregla usted para que en su casa no se enteren que ha fumado?..

Dib. FUENTE.—Madrid.

## PREMIO A LA IGNORANCIA

En un periódico francés vimos en cierta ocasión el cuentecito siguiente. Lo refería el dramaturgo Alfredo Savoir, aplaudido en ocasiones, en ocasiones silbado, por los españoles.

Una señora sueña con siete ángeles durante siete días seguidos. La señora al despertar el día octavo se dice: "Siete por siete son cuarenta y dos. Este sueño quiere decir que si juego al 42 me caerá la lotería." En vista de lo cual, en efecto, juega al 42 y le cae, efectivamente, el gordo.

Lo cual está demostrando, como ven,

que si la pobre señora sabe multiplicar se fastidia de medio a medio.

Para multiplicar el dinero no hay nada, efectivamente, como ignorar la tabla de la multiplicación. Siete por siete serán cuarenta y nueve para los infelices mortales que no saben de cuentas; para el negociante, en cambio, siete por siete son 40 ó 27 ó 14, cuando se trata de pagar; pero son 54, 63 ó 90 cuando se trata de cobrar.

El mercader aspira a ganar el 200 por 100 como mínimo. ¿Puede nadie comprender por lógica o matemáticas que de 100 se saquen 200?... Pues el

mercader lo saca. La lógica dice que no, que eso no puede ser; que de uno no pueden salir dos, porque el contenido no puede ser mayor que el continente. Pero todos los continentes y el planeta entero caben, llegado el caso, en un bolsillo.

El hombre que sabe echar cuentas hace de un duro, dos. Eso son cuentas; y lo demás—las matemáticas—son cuentos.

Pero la *immoraleja* de ese cuento es mucho más grave aún. Los hombres que multiplican a su modo y según les conviene en cada caso, no dejan de ser unos sabios. El caso de la señora no es ese;



la señora no sabía multiplicar ni de ese modo ni de otro; y la providencia va y, en vista de eso, le premia su ignorancia con el gordo.

Esto es lo grave del caso. Y a nosotros nos ha conmovido y nos ha dado en la llaga, porque nosotros tuvimos hace años la manía de instruirnos y ahora comenzamos a pensar si todas nuestras desgracias no vendrán de ese propósito imprudente.

Bien pensado, lector, es, en efecto, un disparate gordísimo instruirse.

Tú suponte que te estás diez o doce años instruyéndote en esto o en lo otro. ¿Qué tiene que ocurrir? Pues que tendrás en contra tuya a todo el mundo, porque como no habrá nadie que se haya instruido en aquello como tú, una de dos: o todos los estudios no te habrán servido para nada y resulta que cualquiera, sin haber estudiado la cuestión, puede opinar lo mismo que tú y puede coincidir contigo; o si te han servido, y entonces te

encontrarás conque tu modo de pensar es distinto del modo de pensar de todos los que no lo han estudiado. Y todos, por lo tanto, estarán en contra tuya.

El infeliz desgraciado que haya aprendido la tabla de multiplicar se verá siempre obligado a decir que  $5 \times 6$  son 30. En cambio, los que no saben la tabla pueden decir lo que quieran, y variar: tan pronto que son 15 como que son 42 o que son 114. La ventaja a su favor es tremebunda: los unos tienen a su disposición todas las cifras que existen; el otro, en cambio, tiene siempre que estar erre que erre, insistiendo en que son 30; sin variar.

Eso a la larga, es monótono. Acaba por cansar. Y por cargar. Es irritante la obstinada intransigencia de un hombre que se empeña en una cosa, una cosa que, además, no comparten nuestros prójimos.

El hombre tiene que vivir en sociedad; y las sociedades se forman con

gentes que comparten la misma opinión. Los que opinan, p. ej., que  $4 \times 3$  son 30 forman el treintaunionismo. Los que opinan que son cincuenta forman el partido cincuentario. Y así los centones, o sea los partidarios de que  $4 \times 3$  son 100; y los treintessillistas, o sea los partidarios de que son 33; y así otros muchos... tantos como cifras haya. Al cabo de poco tiempo el infeliz docenario, o sea el que sostiene que  $4 \times 3$  son 12, se encontrará solo y atacado por todas las restantes sociedades unidas contra él.

Sí: las sociedades todas se unirán sin inconveniente; todas ellas simpatizarán entre sí con tal de ir contra el terco que se empeña en que es 12 el producto de  $4 \times 3$ . Todas las sociedades disidentes tendrán de común entre sí el ser efectivamente disidentes. Y se considerarán compañeros. Aunque en la herejía difieran, les une su condición común de herejes.

A veces cambian de partido... de sociedad... ¡Qué más da!... Todo es verdad, se dicen. La misma razón hay, después de todo, para que  $4 \times 3$  hagan 15 o hagan 30. "Aquí—dicen todos ellos—caben todas las opiniones... Ante todo, libertad..."

Y todas las sociedades libertarias proclaman el derecho a multiplicar como les plazca y todas se desgañitan, como los corredores de apuestas del frontón, gritando como energúmenos: ¡¡Cuatro por tres, treinta y dos!!"... "¡¡Cuatro por tres, diecinueve!!"... "¡¡Cuatro por tres, ochocientos!!"...

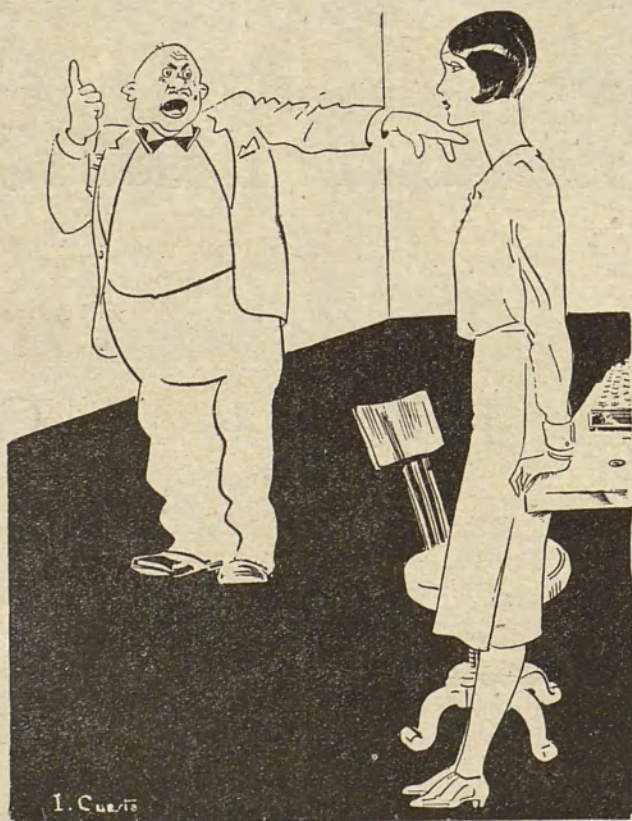
Sólo el pobre de las "cuatro por tres, doce", se encuentra crucificado en las calles, vertical y horizontal, de la tabla inamovible de la multiplicación aritmética.

Ya veis si es grave el caso: ¡aprenda usted a multiplicar para eso!..., para que le crucifiquen y para que, además, para *inri*, le caiga la lotería a la vecina que sacó de siete por siete el producto cuarenta y dos y el producto del premio gordo...

¡Qué terrible es el árbol de la ciencia!... Las tablas de la multiplicación están hechas, sin duda, con madera de ese árbol: por eso entablararse en esa tabla y aprender esa tabla de la ciencia trae la perdición del alma y la perdición del tiempo.

Y ¡la perdición del gordo!...

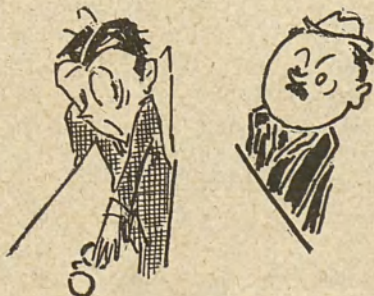
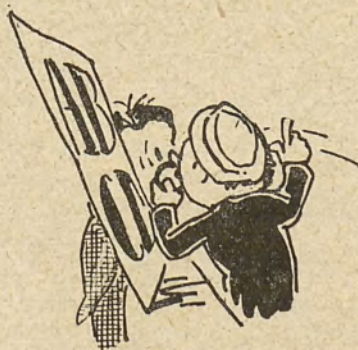
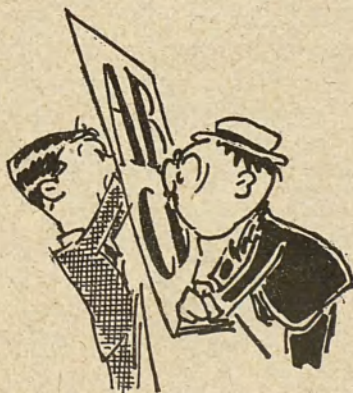
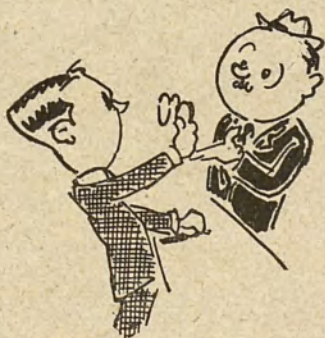
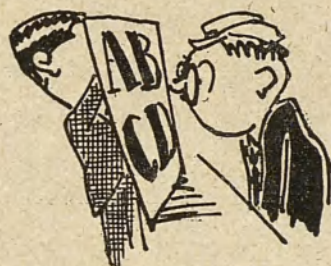
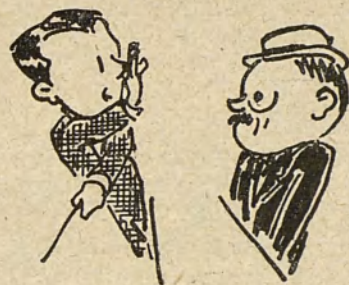
MANUEL ABRIL



—¡No discutamos más! No admito que tú me des lecciones de educación.  
—Ya se nota, ya.

Dib. CUESTA.—París.





- Pérez Muñoz

El corto de vista  
Ayuntamiento de Madrid

HISTORIETA POR PÉREZ MUÑOZ.



# TRAGEDIAS VULCARES REVOLUCIONARIO

Yo he sido siempre un hombre enamorado de todo ideal de redención. Para mí luchar por una causa altruista es, como para casi toda la Humanidad, poder fastidiar al prójimo, algo sublime. Yo he sufrido persecuciones, algunas de ellas aterradoras: patronas, perros rabiosos, automóviles... Aun así, después de tanta lucha, tanto desvelo y, ¡ay!, desengaños, aquí me tienen a su disposición siempre dispuesto a deshacer entuertos, proclamar axiomas redentores y hacer el Cristo en la más próxima ocasión que se me presente.

Pues bien. Al olor de esta predisposición que para hacer el panoli tengo, vino una vez un furibundo luchador, uno de esos hombres para quienes el imposible es como para mí un billete de mil pesetas, algo desconocido. Era seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugada... (¡Atíza!, si me voy al "Quijote".) Bueno, era alto,

delgado, gastaba una perilla afiladísima, y su porte, modales y actitudes me cautivaron. Me captó la voluntad, y yo por aquel tipo hubiese dado cualquier cosa, menos dinero, ¡claro es!, que no puedo darlo ni a plazos ni a plazas.

Se iba a hacer una revolución de abajo a arriba. Radical. Definitiva. Yo, mientras me enunciaba los prolegómenos del cataclismo, sentía cómo ebullicionaba mi sangre, ardían mis sienes y me temblaba todo el cuerpo, no de miedo, no; de entusiasmo, de delirio, de apoteosis.

¡Oh!, al fin iba a venir lo nuestro. Todos los ideales redentores, la tragedia del Gólgota, las teorías de Marx, iban, ¡por fin!, a sentar sus reales en este valle de lágrimas para enjugarlas, y los ricos iban a ser pobres, y los pobres, ricos, y los del medio se quedarían, como siempre, en el medio, pero ya redimidos, no como aho-

ra, que los del medio somos una indecente chusma que hasta nos permitimos trabajar para comer y no merecemos ni el honor de vivir ni la necesidad de una desinfección.

Dos horas y media ante una mesa de café apartado y vacío duró la introducción a la sinfonía. Los días que siguieron fueron para mí de febril excitación. No comía, no dormía, no vivía; sólo alentaba para la trágica odisea, norte, guía, pendón y heraldo de mi pensamiento; Himalaya de mis aspiraciones, Olimpo de mis glorias, corona de laurel sobre mi cabeza, sinapismo para mis tobillos... (Esperen un momento; voy por la cafiaspirina.)

Ustedes me perdonarán, pero el recuerdo de aquello me pone siempre en la tesitura de, o tomar aspirina, o que me amarre mi familia a un mueble.

Yo había de ser una sólida base para la consecución del éxito. Mi pasado era fundada esperanza de lo que yo sería capaz de hacer. Se me requería para dar el golpe de gracia. Me aluciné, casi perdí el conocimiento y contesté que para el golpe de gracia llamasen a Muñoz Seca; pero como era sábado y había cobrado, me dieron el amoníaco sin hacer caso de mi alucinación.

Después me entregué a la idea con la impudibundez con que se entregaría Ninón de Lenclos o cualquiera otra exaltada por una causa. Claro es, que ruego a los lectores que hagan la necesaria distinción entre la causa de dicha respetable señora y la mía. ¡No faltaba más!

Pasaron unos días. Yo los veía pasar y les tenía lástima. Un día; "adiós". Otro día; "adiós". Otro..., me daba lástima de ellos, que no eran el destinado a numerar en los folios de la Historia la trágicamente gloriosa epopeya de la redención de la Humanidad. ¡Qué de cosas les decía yo a los días! ¡Qué de cosas! Pues nada, no sufrían el menor sonrojo. Desde entonces es que, ¡vamos!, veo un día en la calle y le escupo.

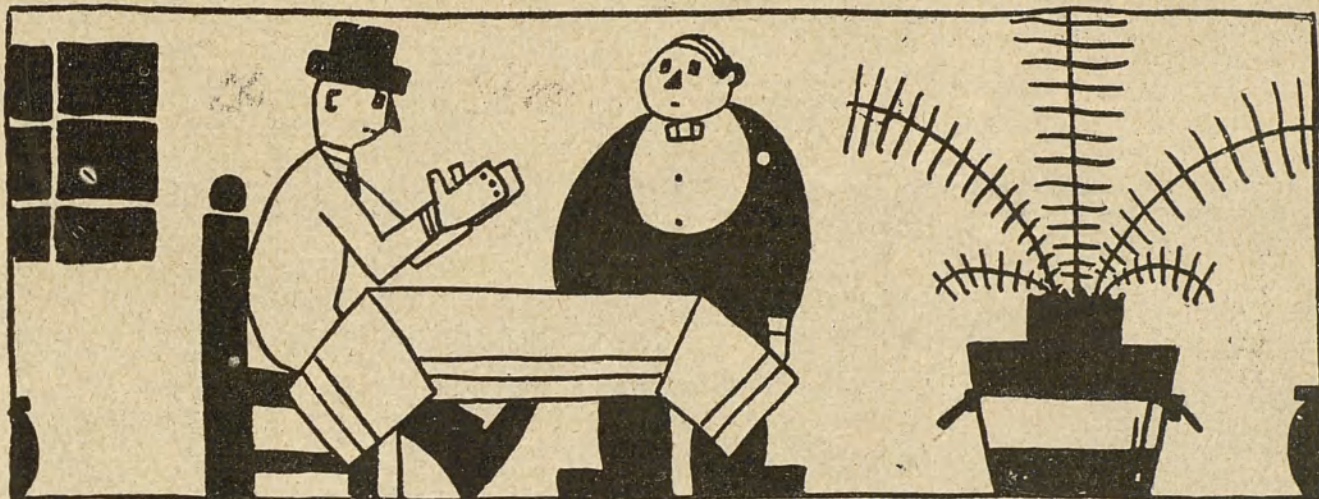
El martes, 23; mal día, sí, ya lo sé; pero martes había de ser el que tuviera el honor de presidir la corrida de escalas de la Humanidad. El día 23, martes, sería el de la gresca. No quedaría nada en su sitio. Todo cedería su puesto a la redención. Es posible que en algún tranvía no se cediese el puesto a las señoras, pero esto eran minucias en las que no había ni que pensar. La revolución no era cosa tan baladí. Era algo más elevado, más saliente; algo así como la estatua de la Libertad alumbrando al mundo vestida de gala.



—Papá, ¿por qué hizo Dios al hombre antes que a la mujer?  
—Seguramente, hijo mío, para que tuviera tiempo de hablar algo.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.





—¿Desea usted comer cubierto, o a la carta?

—Deseo comer a la carta, pero cubierto, porque no me puedo quitar el sombrero.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.

El lunes, 22—¡qué memoria!—, estábamos citados a las seis de la tarde en una cueva (1) para acordar los últimos detalles. Formábamos el Comité local ventidós personas y media; sí, media, porque uno era setemesino. El presidente y director era, naturalmente, el emisario forastero. Habitaba una pensión modesta, en la que dijo que era de Las Palmas, cosa que a mí me pareció contraproducente.

—¿Por qué se hace usted pasar por canario sin serlo?

—Para alejar sospechas.

—Pues corre usted un grave peligro.

—¿Yo?

—¡Claro!; si le coge la policía, le obligará a cantar.

A las cuatro llegué a buscarle y llamé tímidamente a la puerta de su habitación, que aparecía cerrada. Nadie me contestó. Llamé más fuerte; nada. Por discreción, volví a la calle y esperé. Hacía un calor horrible, propio de una tarde de agosto. A la hora volví a subir; tampoco obtuve contestación. Comencé a desesperarme; la hora de la reunión se aproximaba. ¿Dónde estaría aquel hombre? Preguntar por él era acuciar la sospecha. Esperé, esperé. Poco a poco me fué entrando una laxitud propia del bochorno de aquella canícula.

Al cabo de algún tiempo me desperté. Estaba sentado en la escalera y apoyaba mi cabeza contra la pared. Miré al reloj: las nueve. La noche se nos había echado encima. ¡Qué horror! Como loco llamé a la puerta.

(1) Ya dije que la revolución se haría desde abajo.

Una voz apagada me contestó, y ante mí se presentó el revolucionario.

—No sé cómo ha podido ser—ex-

clamé azorado—; pero me he dormido y ya no llegamos a “eso”.

—Pues yo—me contestó con la ma-



—¿Y qué me aconsejas que haga con Pocholo, mi novio?

—¡Pues si tanto le quieres, cástate con él!

—Pero el caso es... que es casado.

Dib. PICO.—Madrid.



yor naturalidad—, como hacía tanto calor, me eché un ratito la siesta.

—¿Y ya es tarde?

—Sí; ya es tarde.

—¿Entonces?...

—Lo dejaremos para el invierno.

¿No le parece que es una idiotez con este calor?...

—Sí; es una idiotez. Lo dejaremos para el invierno.

¡Y pensar que si no hubiese sido por aquella siestecita, a estas horas

me vería paseando en un magnífico automóvil!

Bueno. Es que mi vida es una carambola como para soltar un taco.

José SEVER

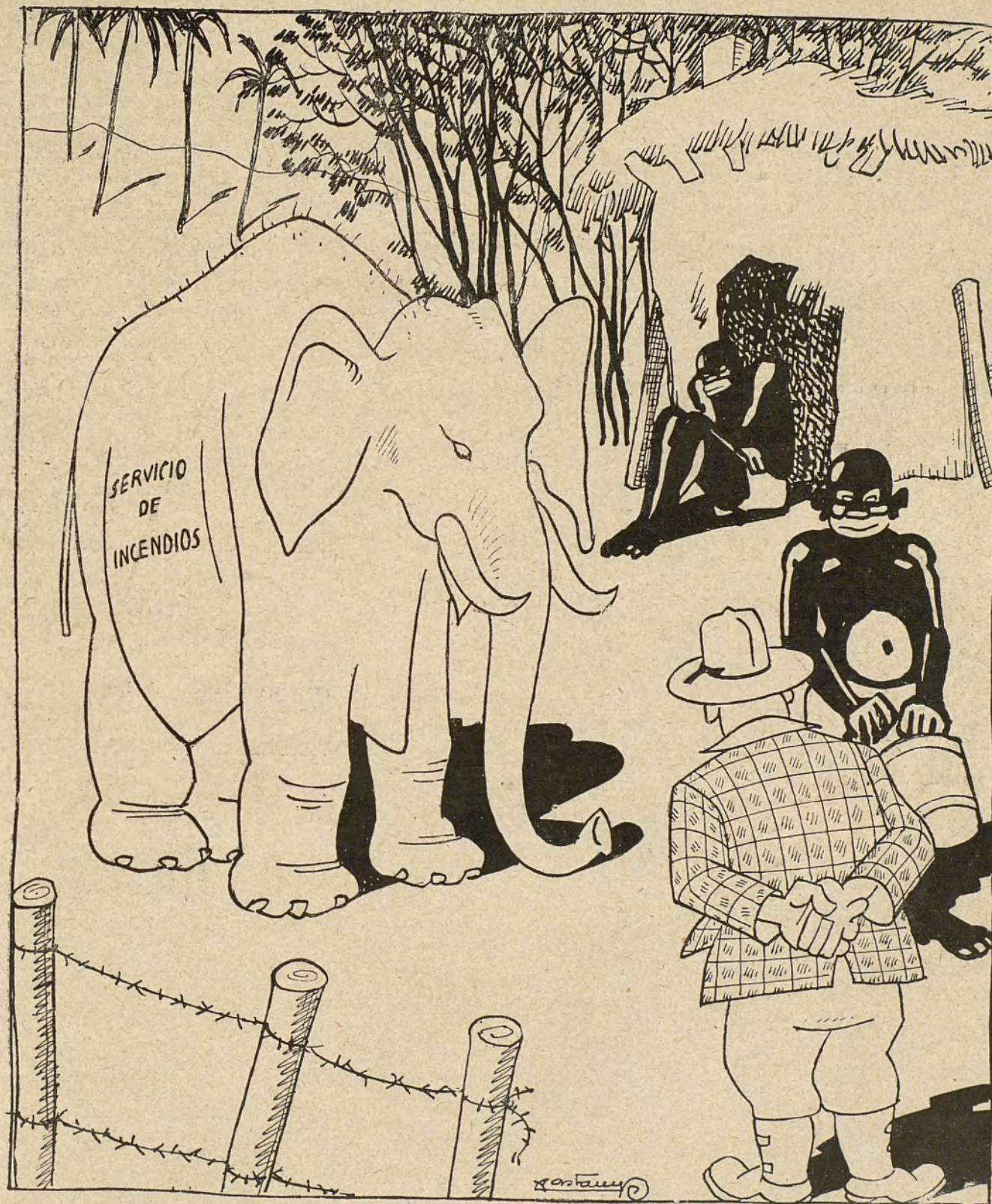


—Lo malo del baño es que siempre hace perder peso.

—Sí, pero, ¿y lo limpito que se queda uno?...

Dib. GARRIDO.—Madrid.





—¿Y este elefante pertenece al jefe de la tribu?

—No, señor; pertenece al servicio de incendios del poblado. Es el elefante bomba y manga que apaga el fuego.

Dib. CASTANY.—Barcelona.



# "MODUS VIVENDI"

Bueno, hay que reconocer que los que pretendemos vivir de la pluma aguzamos el ingenio de una manera inconcebible para lograr el puñado de garbanzos que suelen servirnos en casa algunos días.

Hoy apelamos a tocar cuantos registros tiene el órgano: desde la genialidad de escribir el nombre y el apellido juntos, por ejemplo, Anselmorral, Severianojete o Felipelmazo, para llamar la atención de los lectores ingenuos e impresionables que suelen exclamar: "Qué tío más original debe de ser quien se firma así", hasta el recurso de vestirnos de futbolistas para poder conseguir que los periódicos hablen de uno, aun a trueque de que algún malintencionado crítico pueda decir en letras de molde: "Después de ver a Forúnculez dando patadas al balón, se comprende el escaso éxito de sus producciones teatrales. Hasta ahora no ha encontrado su verdadero camino."

Y ya que he mencionado el teatro, voy a relatar el truco que ha utilizado cierto empresario para llamar al público.

Con motivo del estreno de una obra titulada: "Las pepitas del tomate", todas las noches se reparten entre los espectadores unas latas de tomate en conserva, que están obteniendo más éxito que la obra en cuestión.

Yo he pensado un truquito que juzgo originalísimo, porque hasta ahora, que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido, y que es como sigue:

Buscar a un capitalista que afloje la pasta para fundar una especie de academia compuesta por unos cuantos señores, todos ellos a sueldo, cuya única misión consista en reunirse una vez al mes para dedicarse a la sencilla y dulce tarea de estar conjugando el verbo bombar: "Yo te bombeo, tú me bombeas, etc., etc."

Nadie me negará que la idea es ge-

nial, y que he de sacar tajada a semejante consorcio de bombos mutuos y organizador de banquetes, que será otra de sus finalidades.

Que un miembro del Sanhedrin piensa, nada más que piensa, hacer un viaje a San Fernando del Jarama, con el fin de visitar a una tía suya, banquete; que realiza el viaje, banquete; que regresa del viaje, banquete, y si en todos ellos, a la hora del brindis, los agasajados no hablan con elogio de mí, que les organicé el homenaje, será cosa de decirles ingratos.

Llamar la atención, exhibirnos, esto es lo que realmente nos preocupa al noventa y nueve y medio por ciento de los mortales y de los inmortales. Uno de estos señores, el académico don Facundo Martínez-Gómez y Pérez-Fernández de Fernández-Pérez, como leñera en un periódico para niños y militares sin graduación, titulado "El loro, la cotorra, la cacatúa, el conejo, la liebre, la lechuga y el mochuelo", una aleluya que decía:

Se sabe que don Facundo quiere dar la vuelta al mundo,

escribió, muy emocionado, una carta al director del periodiquito dando las gracias por la publicidad que acababa de dar a su idea, hacía tiempo acari-



—Dicen que a ustedes los marinos les gusta tener una mujer diferente en cada puerto...

—¡Pero aquí no es puerto, señora!

URDA.—Barcelona.

**OROCREMA**  
**ALMENDRAS**

EL LABOR POPULAR  
EMBELLECE LA PIEL



**LOS**  
**PERFUMES**  
**DE TASARA**  
**BADALONA**



ciada, de embarcarse en el estanque del Retiro para darle una vuelta completa.

El buen señor pensó que no había en el planeta otro don Facundo que él.

También hay quien no perdona ocasión ni medio para conseguir el ostentar un botoncito en el ojal de la solapa de la americana que lo acredita como propietario de una cruz, una placa o una banda, y no es cosa de dejarse en el tintero lo ocurrido a un señor a quien unos guasones le dieron la broma de enviarle un oficio, firmado por el secretario de una corporación italiana, en unión del botoncito correspondiente a la condecoración que, según el documento, se le otorgaba. Tan creído estaba el embromado de haber merecido la honrosa distinción, que, cuando pasados unos días, los amigos le dijeron que todo había sido una broma, exclamó muy convencido: "Sí, sí, broma. Cualquiera me quita a mí este botoncito del ojal."

El tal individuo, dentista de profesión, si comprendió que había sido una broma, hizo como que no lo creía, porque había visto aumentada su clientela desde que ostentaba la condecoración.

El último caso de que hago memoria, referente al afán de exhibicionismo con fines lucrativos, es el de un novelista de los llamados galantes, no sé si porque a sus protagonistas les hace decir verdaderas ferocidades o porque al hablar de las señoras les dedica un variado surtido de groserías.

Este caballerete ha enviado a los periódicos, y éstos la han publicado, una nota diciendo que le han robado la cartera, en la que llevaba cinco mil pesetas que le acababa de entregar un editor a cuenta de liquidaciones, y terminaba su escrito rogando al distinguido ratero que le devolviese la cartera con los documentos de interés que contenía e invitándole a que se quedase con las cinco mil pesetas.

El truco no está mal ideado y el galante escritor ha visto su nombre en letras de molde por espacio de unos días; pero lo malo para él ha sido que, con tanta publicidad, ha llegado la noticia a conocimiento del ratero, quien, ni corto ni con pereza, ha dirigido a la Prensa la siguiente carta circular:

"Señor director de X. Distinguido señor mío: He leído con el natural asombro eso de que en la cartera del señor Batráciez había cinco mil leandras. ¡Sí, sí! ¿Qué más hubiera querido yo? Este servidor de usted es el individuo que operó al indicado y desaprensivo vives que se aprovecha

del escamoteo para darse postín de adinerado, y eso, no. Yo soy un ladrón honrado que no puede tolerar que se les dé a los lectores el timo de los perdigones, y comprometo mi palabra de honor de que en la birlada cartera no había más que un billete capicúa del tranvía de las Ventas, un sello de quince, usado, y dos papeletas de empeño cumplidas. Esta es la verdad. El que quiera publicidad que se

retrate en la administración del periódico. A otra cosa. Gracias, señor director, por la inserción de estas líneas, y ofreciéndole mis servicios para lo que puedan servirle, quedo de usted s. s. q. b. s. m., Inocencio Palomo."

La plancha de Batráciez es de las que se descargan con grúa.

GUILLERMO HERNANDEZ-MIR



—Mi ambición, señorita, es hacer su felicidad.  
—Pues lo siento, pero a mí no me gustan los hombres ambiciosos.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.



# El cocodrilo y la serenidad

NUEVAS AVENTURAS DEL «COMANDANTE MENDEZ»

Su verdadero nombre era Heliodoro Méndez, pero todos le llamábamos familiarmente "Comandante", quizá por aquel aire resuelto y colonial que tenía, o quizá porque nos diera la gana. Era del corazón de Valladolid, y no lo suficientemente alto para que sus ciento doce kilos hallaran bastante piel en la que repartirse, con holgura lineal. Tenía cuarenta y cuatro años y un complicado acento entre asturiano, polaco y bubi.

Hacía un mes que no aparecía por el café. Nadie, excepto el camarero, estaba intranquilo. ¡Nos tenía tan acostumbrados a sus viajes repentinos, a sus ausencias misteriosas! Más de una vez y más de cien veces, cuando le proponíamos:

—¿Cien carambolas, Comandante? Le habíamos oído denegar con la mayor naturalidad:

—Cuarenta y cinco; no tengo tiempo para más. Mañana, a las siete de la tarde, me esperan en Liberia para organizar una tómbola benéfica.

—¿Vamos esta noche a Romea, Comandante?

—Imposible, querido, imposible. A esa hora estoy citado con mi socio capitalista para planear la venta de nuestros calcetines-balón en la cuenca del Níger.

Así que cuando Heliodoro, dando un salto muy suyo por encima de la capota, apeó del "taxi" sus ciento doce kilos y tres amplias y deterioradas maletas, todos coincidimos en preguntarle:

—¿Buen tiempo por Oceanía, Comandante?

—¡Magnífico, señores, magnífico!... —e inmediatamente, con aquella dinámica que no le abandonaba ni durmiendo, continuó—: ¡Qué país!... ¡Me han ocurrido cosas extraordinarias!... Un momento... Hagan el favor de pagar el "taxi"... En seguida vuelvo...

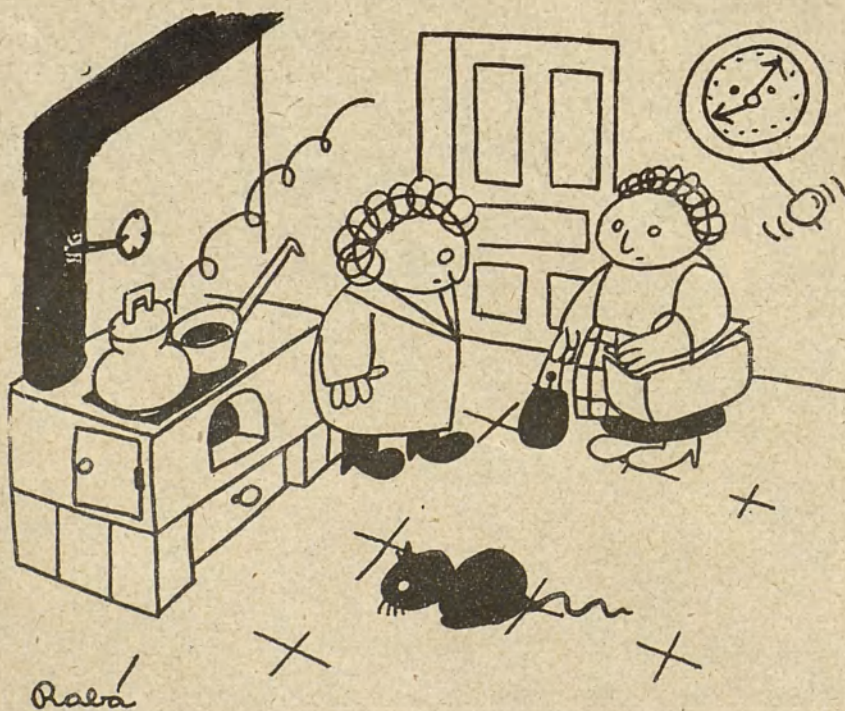
\*\*\*

—De este viaje—comenzó el Co-

mandante—he sacado dos cosas: una deuda de seis mil pesetas que no pienso pagar, y el dominio total, absoluto, de mis nervios; para que don Rafael me entienda: la serenidad... Figúrense ustedes que había ido yo a cazar cocodrilos con reclamo. Era domingo y hacía un tiempo espléndido. Así que los cocodrilos, que tienen un espíritu profundamente horteril, aprovechaban la fiesta para pasear río abajo con sus familiares. La abundancia de piezas me tenía tan absorto, que—pueden ustedes creerlo—apenas si me di cuenta de que una monstruosa serpiente de cascabel se me iba arrollando a la pierna derecha como si fuera una banda. Cuando quise prevenirme ya eran las seis y media, es decir, considerablemente tarde, y la serpiente formaba en torno a mi pantorrilla un bello y policromo neumático. ¿Qué hacer?... Por el momento, lo que hice: meterme las manos en los bolsillos del pantalón y reflexionar... Absurdo, dirán ustedes, que no están acostumbrados a las situaciones difíciles. Pues bien, esto fué lo que me salvó. Allá en el fondo de un bolsillo, entre los restos de un cigarrillo destruido, mis dedos tropezaron con una llave: el llavín de mi casa de Alaska. Aprender con el pulpejo de los dedos la lisa superficie del llavín y lanzar una exclamación de triunfo fué todo uno. "¡Estoy salvado, tengo la llave!", exclamé, sin que la serpiente lo oyera. Dicho y hecho, saqué la llave del bolsillo, me la llevé a la boca, la apoyé inteligentemente sobre el labio inferior y comencé a soplar el vals de "El Conde de Luxemburgo"... Ya suponen ustedes lo que ocurrió: no hay serpiente, por mal oído que tenga, que resista la opereta vienesa... Así que nada más que oírme el vals, la del cascabel se desprendió de mi pierna y comenzó a bailar, primero con languidez, y luego, en la coda, rauda, vertiginosamente, hasta que cayó a mis pies sin conocimiento. La aventura, aunque baladí, les confirmará a ustedes que he llegado a la plena y magnífica posesión de la serenidad.

Y sin duda, para darnos una prueba palpable de ello, el Comandante llamó al camarero y le dijo:

—¡Apunta también este café, Julio! Y abandonó rápidamente la tertulia.



—¡Hay que ver! Dos horas para comprar medio kilo de higos.

—No, señora, si ha sido para comprar dos kilos de higos.

Dib. RABÁ.—Santander.

SANTIAGO LORENZO



# LA CELEBRIDAD

Desde que el mundo es mundo los hombres célebres, por cualquier motivo, merecían de sus conciudadanos el honor de la popularidad plasmada en nombres de calles, de productos, de barcos, etc., etc.; pero hilando más delgado en los de usar del nombre de las personas sólo en el caso de una verdadera y merecida notoriedad, porque por el camino emprendido resultará lo que ocurre, por ejemplo, con el conocido jabón de los Príncipes del Congo, de los cuales no sabemos más sino que sirvieron para ponerle su egregio nombre a un jabón.

Cuando "Machaquito" hacía sus coloradas faenas, un fabricante de anisados creó el "Anís Machaquito" que

aún perdura, pero hoy un torero cualquiera hace una "espantá" y le dan su nombre a una manzanilla, cuando a lo que se debían dar era una tila.

En la época de la dictadura, donde las glorias eran tan fáciles, se ha abusado de los apellidos como marcas o rótulos hasta la exageración.

El malogrado presidente no hay que decir que le llenaron callejeros completos en España con su nombre; a Martínez Anido, preventorios e instituciones; a Calvo Sotelo, hasta productos para el cabello, y a Ponte, calcetines.

Un herrero de Reus, en su admirativa inconsciencia por el régimen, le puso el nombre de Callejo a un cerro-

jo de su invención, y un farmacéutico puso el nombre de un asambleísta a un específico para los nervios, sólo porque era de Tembleque.

Porque al fin y al cabo que a una astracán imitado le pusiera su inventor Muñoz Seca no es un desatino, aunque para haber sido justos le debía haber llamado de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

En Toledo un almacenista de café le puso Guadalhorce a un torrefacto, y si viérais qué feo hacía cuando el dependiente preguntaba:

—¿El Guadalhorce lo quiere usted molido o en grano?

¿Queréis más? Un propietario de un manantial en Carabaña, aficionado a toros y admirador del torero gitano quería poner "Agua de Carabaña Cagancho", sin reparar en el significado del apodo y la indicación del agua.

Claro que luego cuando vino la caída de estos idolillos de ocasión que formaron la dictadura, empezaron a cambiar los nombres de las calles, las marcas de los productos, los títulos de los institutos, y con la desaparición de las glorias cayeron las lápidas de las glorietas.

Estos industriales, que son del último que llega, cuando cesó la época dictatorial y se pensó que el salvador de España sería Romanones, ya cambiaron el disco, y una fábrica de productos frigoríficos que funcionaba bajo la advocación del nombre de Yanguas, empezó llamándose "Romanones" a los helados de vainilla, terminando por patentar sus frigoríficos "Alvaro de Figueroa".

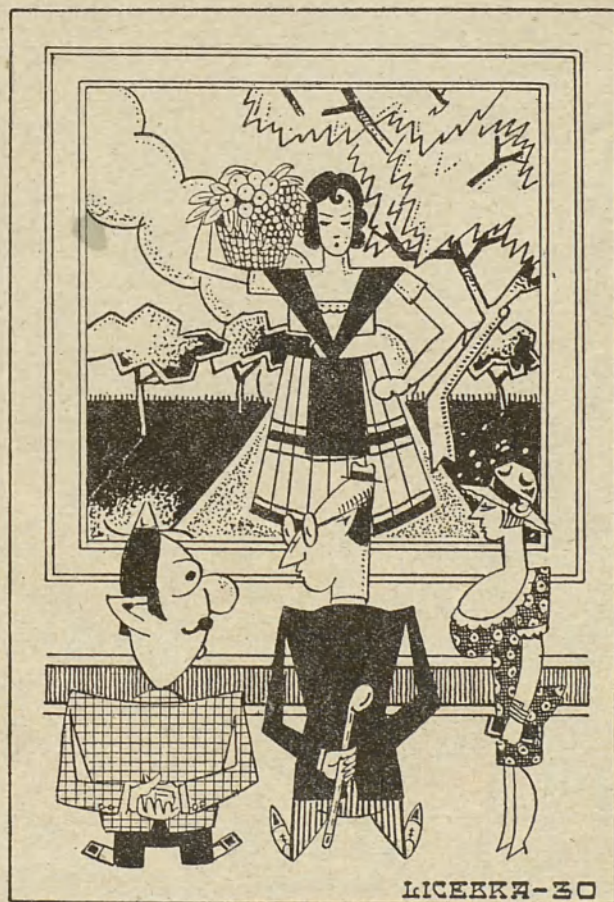
En una capital de provincia, donde existía la avenida de Galo Ponte, en cuanto supieron su ida le dejaron sin la avenida.

Total: que ahora para saber el nombre de una calle o de un producto se ve uno negro, porque va usted a una tienda y pide polvos insecticidas "Unión Patriótica" y le dicen que no los tiene más que de los de "Vuelta a la anomalía", ruega que le den razón de la glorieta del "Trece de Septiembre" y le dicen que desde que vino Marzo es del Siete de Julio.

Por estas razones temía siempre que pusieran a una calle de Madrid, donde vivo muchos años, mi nombre; que aparte de que había de haberse puesto calle de Antonio Plañiol, antes Almirante, y mi falta de notoriedad hubiera hecho creer a muchos que yo había sido de marina.

ANTONIO PLAÑIOL

Mataespesa, 10 septiembre.



El comprador.—No está mal el cuadro, sólo que creo me agradaría más con el marco dorado.

El pintor.—Puedo ponerlo dorado si así lo desea.

El comprador.—¿Y si después de puesto el marco dorado no me gusta?

El pintor.—¡Pues lo pongo verde!

Dib. LICEBRA.—Cartagena.



# NUESTROS CONCURSOS

## El del mes de septiembre


Uno de nuestros más bizarros colaboradores ha tenido la fortuna de encontrarse en la vía pública, entre zanja y zanja, dos billetes. Uno de ellos es un billete amoroso, ingenuo como un presunto elector, del cual damos aquí la mitad siniestra, con la mucho más siniestra intención de que nuestros lectores entretengan sus ocios veraniegos en completar la otra mitad. Dice así:

*Señorita Nicasia V.....*

*Encantadora señorita,*

*Cuando la ve antes a.....*  
*Ildefonso, quede apasionadame.....*  
*su modo retrechero de llevar e.....*  
*ni bebo, Nicasia, y mi vida de.....*  
*arrabalero. Y por eso la envío.....*  
*84439 para devolvérmelo con.....*  
*un no que precedería breves m.....*  
*Esperando que no sera.....*  
*su más tierno y rendido ador.....*

*2 Septbre 930*

*Aristog*  


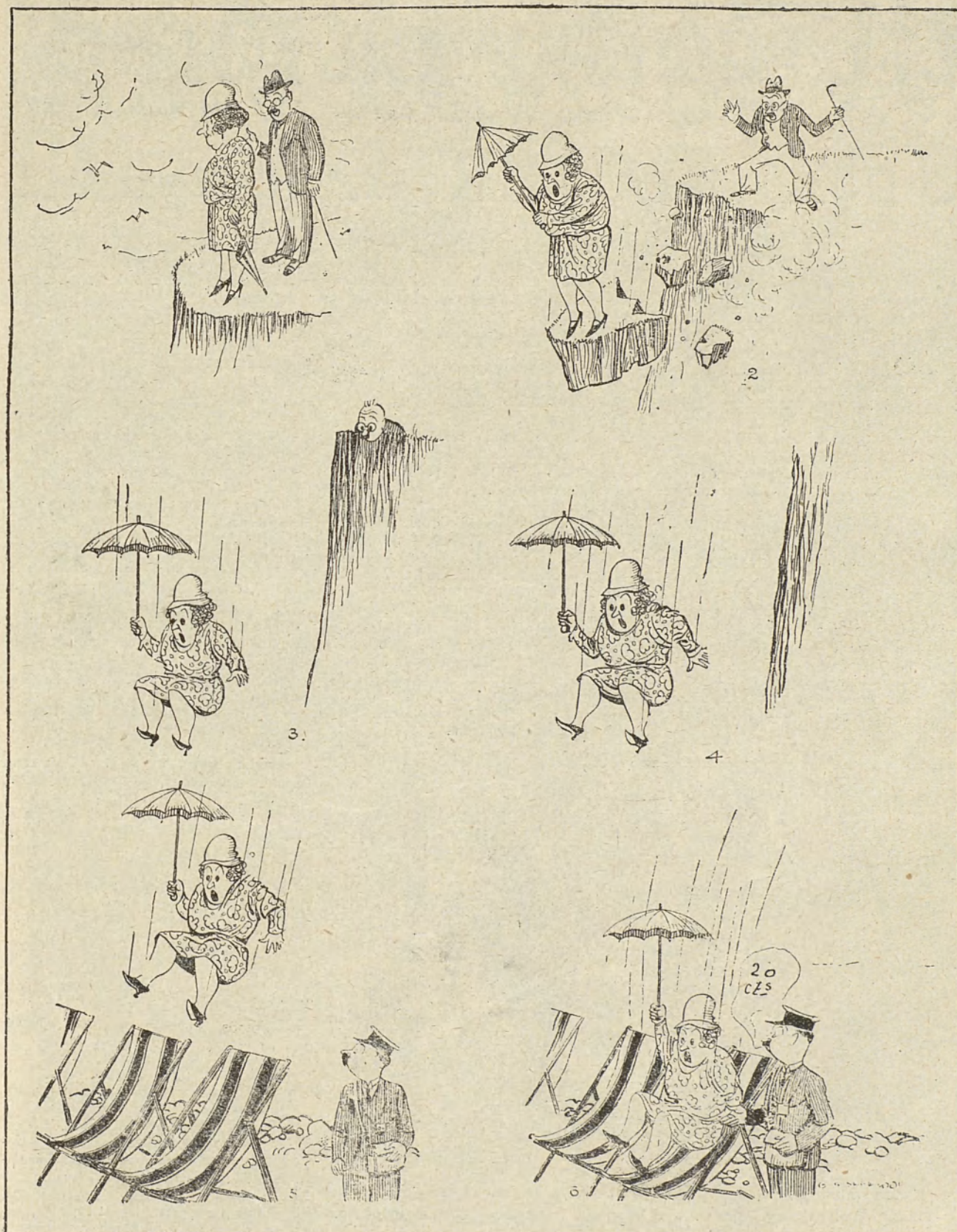
Y el otro billete, que es nada menos que de

# C I E N P E S E T A S

hemos acordado, previa cesión desinteresada de su "suertoso" poseedor, entregárselo a aquel de nuestros dilectos lectores que nos remita la media más parecida a la otra media; es decir, la media carta que se aproxime más a la que conservamos en nuestro poder.

Y ni que decir tiene que en caso de empate procederemos al sorteo de las cien bernardinas con una seriedad busterkeatoniana o pamplinesca.





UN COBRADOR FIEL, CUMPLIDOR DE SU DEBER

(De The Humorist.)





# DEL BUEN HUMOR AJENO

## UNA MUJER por ARKADY AVERCHENKO

I

Dos personas, a quienes yo no conocía, entraron en el restaurante y ocuparon la mesa inmediata a la mía.

Eran él y ella.

Era ella la coquetería personificada. Con coquetería refinada, exquisita, se bajó el cuello del gentil abrigo de pieles; se quitó los guantes, sujetando entre los blancos dienteillos la punta de cada dedo; se pasó la borla de los polvos por la nariz, mirándose en un espejito de bolsillo; le enseñó la lengua a su caballero, que la contemplaba embobado.

Su caballero le preguntó, con aterciopelada voz de barítono:

—Bueno, cielito mío; ¿qué vamos a comer?

—A su cielito de usted lo mismo le da una cosa que otra. Lo que usted quiera.

—¿Y qué vamos a beber?

—También me es igual. Lo que usted quiera.

—Está muy bien, princesa.

El galán se encaró con el *maitre d'hôtel*, que esperaba sus órdenes, y le dijo:

—Ponga en hielo una botella de Brut americano.

La dama apartó la nariz del espejo y le miró un sí es no es asombrada.

—¿Brut?

—Es una buena marca. A mí me gusta mucho.

—Es usted un perfecto egoísta. ¿De modo que porque le gusta a usted esa porquería me va a obligar a mí a beberla?

El galán se sonrió cariñosamente y acarició la mano de la dama.

—Le aseguro a usted, princesa, que es un vino exquisito.

—¡Sí, exquisito!

—¿Lo ha bebido usted alguna vez?

—¡No lo he bebido nunca, y no quiero beberlo!

—¿Qué encantadora lógica!... Bueno; ¿qué vino ha bebido usted?

—He bebido..., he bebido... Monopole seco. Es el único que se puede beber.

—¡Vamos, ya hemos averiguado cuál es su marca preferida, muñeca!... *Maitre*, ya lo sabe usted: ¡Monopole seco!

—A sus órdenes, señor. ¿Y de comer?

—Margarita Nicolayevna: resuelva usted ese grave problema.

Margarita Nicolayevna miró y remiró, haciendo encantadores dengues, la carta, y se la devolvió a su caballero, encogiéndose de hombros.

—No sé..., no sé... ¡Es igual! Elija usted por mí.

—¡No, no! ¡Se trata de un asunto muy serio!—replicó, sonriente, el galán—. Vamos a ver. ¿Qué pescado le gusta a usted?

—Ninguno.

—¿Le gusta a usted la carne?

—Según...

—Unos filetes *mignon*...

—¡Psch!

—Unas chuletas de carnero a la Stendhal...

—¡Psch!

—Picatta...

—Prefiero coles de Bruselas.

—Pero eso no es carne. ¿No va usted a tomar nada de carne?

—No sea usted pesado. Pida usted lo que quiera. Ya le digo que me es lo mismo.

—Acaso *risotte* con setas y canchales...

—¿El *risotte* es un plato de arroz?...

—Sí, princesa. Su nombre lo indica...

—Detesto el arroz.

—Podía servirsele a la señora una perdiz asada—aconsejó respetuosamente el *maitre d'hôtel*.

—¡No, no! Me repugna el olor de la perdiz.

El *maitre d'hôtel* le dirigió al galán una mirada de desesperación. El galán, en cambio, nos miró al *maitre d'hôtel* y a mí, como diciendo: "¡Qué encantadora criatura! ¡Qué caprichosilla y qué mona!"

—¡También la perdiz ha fracasado!—suspiró.

Y añadió, inclinándose solícito hacia la dama:

—Vamos, princesa: ¿qué comería usted?

—Si hubiera salmón...

—Muy bien. ¿Y de segundo plato?

—¡Ay, no sea usted pesado! ¡Cualquier cosa! ¡Lo que coma usted!

—Yo tomaré pollo con arroz.

—¡Qué galante! ¡Le he dicho que detesto el arroz y se empeña en hacérmelo comer! ¡Hace usted el favor de darme la carta?... Elegiré cualquier cosa, al tuntún, para terminar... ¡*Maitre*, para mí, después del salmón, *ragout* a la polaca!



—¡Doctor, doctor! ¡Estaba tocando la ocarina y me la he tragado!

—Tenga usted calma y agradezca a Dios que no estaba tocando el piano.

(De *London Opinión*.)



—Muy bien, señora.

—Con salsa holandesa, ¿eh?

El *maitre d'hôtel* reprimió un gesto de asombro, y contestó:

—Muy bien, señora.

Minutos después le servía a la joven pareja el salmón y descorchaba la botella de Monopole seco.

—Traiganos caviar—le ordenó el galán.

El amable caballero tocaba a cada momento la mano de la dama, como para convencerse de su solidez.

Cuando le sirvieron el *ragout* polaco, Margarita Nicolayevna hizo una mueca de desagrado y le dijo a su admirador:

—No me gusta esto. A usted, ¿qué le han traído por fin?

—Pollo con arroz.

—¿A ver? ¡Tiene buena cara! Tome usted mi *ragout* y deme su pollo. Si no le sabe mal, ¿eh?

¡Qué había de saberle mal! Efectuó el cambio, pintada en la faz una generosa alegría.

Verdad es que, al empezar a comer el *ragout* polaco, una nube sombría oscureció su rostro; pero la sonrisa tornó al punto a sus labios. Por lo demás, la comida parecía interesarle muy poco: sus ojos casi no se apartaban, absortos, encantados, de la coqueta mujercita. De vez en cuando me miraba, como diciéndome: "Es un encanto esta adorable criatura, con sus caprichitos y sus fantasías, ¿no?"

## II

Dos personas, que no me eran por completo desconocidas, entraron en el restaurante y ocuparon la mesa inmediata a la mía.

Eran él y ella.

Ella era coqueta hasta la médula de los huesos. Con coquetería refinada, exquisita, se bajó el cuello del abrigo, se arregló el sombrero, se frotó las manos, me dirigió una ojeada rápida al desplegar la servilleta.

El le preguntó:

—¿Qué vino prefieres?

—Me es igual. Tú decidirás.

—Bueno. ¡Mozol!... Una botella de *Cordon Rouge*.

—¿*Cordon Rouge*?—dijo ella, poniendo un hociquito monísimo de niña caprichosa—. ¡Vaya un vino! ¿A quién se le ocurre...?

En aquel momento reconocí a la pareja: era la misma que algunos meses antes había cenado a mi lado en otro restaurante. Hasta recordé el nombre de la dama: Margarita Nicolayevna.

El caballero hizo un gesto de desesperación.

—¿No decías que te era igual, Margarita? ¿En qué quedamos?

—Te ruego que no levantes la voz!

—No levanto la voz. Me limito a hacerle observar que es absurdo el decirme que te es igual para decir luego: "¡Vaya un vino!" ¿No te he preguntado qué marca prefieres?

—Pues... *Chaperon Rouge*.

—Muy bien. ¿Y qué quieres comer?

Margarita Nicolayevna miró y remiró, muy dengosa, la carta, y se la tendió al *maitre d'hôtel*.

—Elija usted.

—No me atrevo. No tengo el honor de conocer el gusto de la señora.

—Elige tú, Kolia...

El caballero le dirigió a la dama una mirada nada tierna.

—Bueno—repuso—; elegiré.

Y, luego de consultar la carta, ordenó:

—Para la señora, pechugas a la *bechamel*.

—¡No, no!—protestó ella—. Todas las estrellas de *varietés* comen pechugas a la *bechamel*.

—¿No me has dicho que te es igual, que elija yo? ¡Sepamos de una vez lo que quieres!

En la voz del caballero se percibían, aunque él trataba de hablar serenamente, vibraciones de enojo.

—Un plato cualquiera de pescado. ¡Y no me hables en ese tono!

—¿En qué tono, mujer? ¿Qué pescado prefieres?

—¡Cualquiera! ¡No seas pesado!

—Bueno. *Maitre*: para la señora, esturión a la rusa.

—¡Ay, no! ¡Esturión, no!

El caballero le lanzó a la dama una mirada furiosa y le tendió la carta.

—Me has dicho dos veces que elija, y las dos veces te ha parecido mal el plato que he elegido. Comprenderás...

—¿Qué?

—Que por muy paciente que se sea... Si llevaras dos días sin comer, no tardarías tanto en decidirte. Es necesario que renuncies a ese papel ridículo de niña mimada y caprichosa.

—Si sigues hablándome en ese tono, esta es la última vez que nos vemos.

—Pero, hija, es natural que te hable en este tono. Se te da la carta para que elijas, y empiezas a hacer dengues, a decir: "¡Ay, qué pesadez!", como si se te obligase a preocuparte de una cosa que no te interesa. Si no te interesa, ¿por qué rechazas los platos que te elijo?... Elige tú, y asunto concluido.

—¡Qué amable, qué fino, qué galante! ¡Pareces un albañil! Hace cinco meses eras todo delicadeza... ¡Jesús, cómo has cambiado!

—Hace cinco meses, querida...

—¿Qué? ¡Acaba!

—¡Pero, mujer, por todos los santos! El *maitre d'hôtel* está esperando. No se debe abusar de la paciencia de nadie, y menos de la de la gente que no puede mandarle a uno a paseo.

—¡No admito lecciones! ¡Me está usted gritando, caballero, como un mozo de cuerda!

La dama hablaba en un tono de altivez, como una reina ofendida. Encarándose con el *maitre d'hôtel*, añadió:

—Que me traigan lo que a usted se le ocurra... Lo mismo me da una cosa que otra.

—¡No!—profirió, fuera de sí, el caballero, descargando un fuerte manotazo sobre la mesa—. Conozco ese último recurso. Te traerán algo que, desde luego, no te gustará, y me lo endosarás a mí, comiéndote tú, en cambio, lo que yo haya mandado que me traigan. ¡No, no! Le ruego a usted, señora, que concrete, que especifique.

—¡Adiós!—dijo fríamente Margarita Nicolayevna, levantándose—. No estoy dispuesta a cenar con un carbonero.

Y se dirigió a la puerta.

—¡Pero mujer...!

Ella no hizo caso.

El caballero entonces se levantó y corrió en pos de la bella.

—¡Idiota!—murmuré yo, indignado.



—¿Cuánto hay de aquí a la estación?

—Unos cien pasos para usted..., y doscientos para su compañero.

(De Cándido.)



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## A M A D O R

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

La señora.—Adela, ¿has comprado la carne?

La muchacha.—Sí; con la peseta he comprado tres libras.

La señora.—¿Cómo? ¡No es posible!

Santiago Sánchez (Jaca).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Habían terminado en un barrio obrero un gran número de casas baratas, cuando acertó a pasar un joven, y le preguntó el contratista:

—¿Quiere usted alquilar alguna?

—No, señor—contestó—. No me dedico a la cría de conejos.

Q. Q. Fate (Reus).

El tren se detiene en una estación de gran movimiento. A la ventanilla de un coche de segunda clase asoma un hombre, gritando:

—¡Aquí se ha desmayado

una mujer! ¿Hay alguien que pueda darme un poco de coñac?

Momentos después llega un empleado con una botella, y el hombre la destapa y bebe largamente.

—¡Ah!—dice, devolviendo la botella al empleado—. Ya estoy mejor... Pero crea usted que me emociona muchísimo ver una mujer desmayada.

El licenciado Arlabán (Madrid).

Entre baturros:

—Oye, maño, ¿a que no sabes tú en qué se parece mi suegra a don Juan Tinorio?

—¡Otra que ridiós! Pues en la barba.

—¡Quiá, hombre! En que siempre está castigándome.

Gerardo López (Madrid).

Durante la travesía a nado del Canal de la Mancha.

El "menager" del nadador Aguafuerte, que sigue a éste en un bote, le anima diciéndole:

—¡Hala, Aguafuerte, que te falta poco!

Aguafuerte le contesta:

—¡No puedo más; estoy sudando!

Tarabolo (Vigo).

## PEDRO DEL RÍO

Vinos. Aguardientes. Alcoholes. No comprar sin pedir precios.

MESONERO ROMANOS, 9

—¿Sabes dónde están las tijeras, mamá?

—¡No me marees, hija mía! ¡Por ahí andaban ayer!

—¡Pues sabe Dios dónde estarán ya!

L. Sibrana (Alhucemas).

La mujer de Calvo quiere comprar un termómetro, y su marido le dice:

—Espera un par de meses, hija mía; porque, según tengo entendido, en invierno ese artículo "baja" mucho.

Licenciado San Román.

## Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

—¿No es verdad que Eduvigis tenía el pelo rubio el año pasado?

—Sí.

—¿Pues cómo ahora lo tiene negro?

—¿Te olvidas que lleva luto por su madre?

Labra (Jerez de la Frontera).

Uno.—¿A qué se dedica usted ahora?

Otro.—Soy cubista.

Uno.—¿Pintor de moda?

Otro.—No, señor; fabricante de cubos.

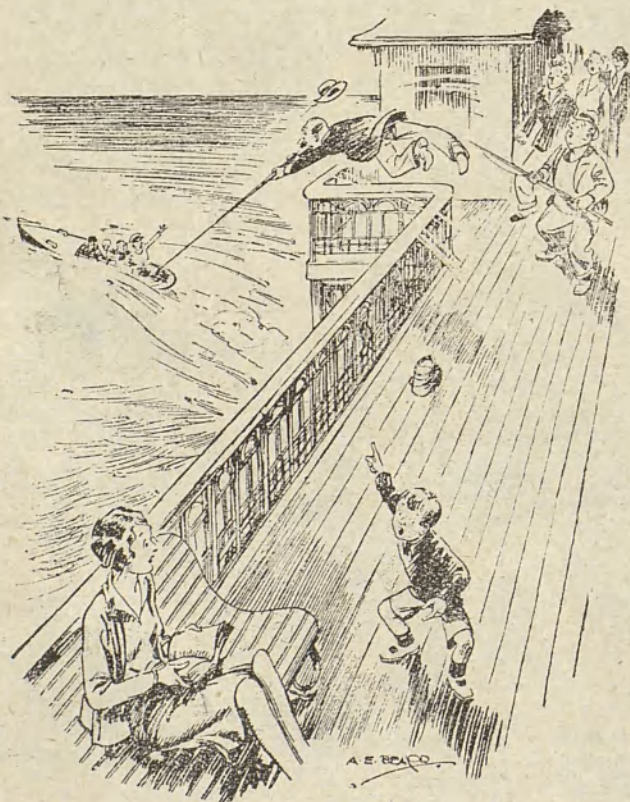
Sin. Ver. Güenza. (Barcelona).

El maestro, queriendo reñir a un chico que llegaba todos los días tarde, le dijo:

—¿Por qué no vienes antes?

—Es que me levanto tarde.

—¿Y tú no sabes que hay un refrán que dice que "quien



—¡Mira, mamá! ¡Papá ha pescado un gasolino!

(De The Humorist.)



se levanta tarde ni oye misa ni come carne?"

—Me da igual. En casa somos todos vegetarianos.

Hércules (Enguera).

—¿Cómo debe llamarse al hombre que va por la calle con un aspecto muy raro y con una chica de la mano?

—Cristóbal Colón.

—¿Por qué?

—Por "la pinta" y por "la niña".

Benjamín López (Madrid).

## ENCENDEDORES ::: BOQUILLAS :::

Los mejores y más económicos.

Expendeduría de Tabacos.

MAYOR, 37.—TELEF. 10004.

El embuste de Evaristo:

Evaristo Avellaneda, embustero formidable, se encontró con Luis Pineda, persona bastante amable.

—Ya me han contado, Evaristo, que hace un mes que no trabajas y que en el Monte te han visto en la subasta de alhajas.

—Por la salud de mi padre, que se halla debajo tierra, te han engañado, compadre. ¿Yo en el Monte? ¡Ni en la Sierra!

MANTONES MANILA, ALHAJAS, MALETAS, GRAMOFONOS, DISCOS, ABRIGOS IMPERMEABLES. LA MEJOR CASA DE ESPAÑA

**La Nueva Mercantil**

PLAZA MATUTE, 6, DUP.º

—Ahora que me compenetro: ¿murió tu padre, Evaristo?

—Es empleado del "Metro"... Yo creí que eras más listo.

León Cembrano (Madrid).

Un individuo, que no había comido y le daba vergüenza pedir, decidió a esperar que llegase la noche para llegarse a casa de un amigo.

Llamó a la puerta de éste y salió por el balcón, preguntando:

—¿Quién es?

—¡Hombre, soy yo! ¿Quieres hacer el favor de tirarme un alfiler?

—Un alfiler, con la oscuridad de la noche, no lo verás en la calle.

—Es verdad. Mira, para que no se pierda, clávalo en un bollo y échamelo.

Juan Carrasco (Sevilla).

Juan tiene una hija incasable de puro fea.

Ayer llegó al café radiante de júbilo.

—Me parece que ya he encontrado el novio que había soñado.

—¿Es rico?

—No.

—¿Distinguido?

—No.

—¿Tiene talento?

—Ni gorda.

—Pues, entonces, ¿qué cualidad posee?

—Es horrorosamente corto de vista.

K. Melitos (Castellón de la Plana).

En la feria:

—¿Has visto ese fenómeno de perro que no tiene cola?

—Calla, hombre, que será un perro de pega.

—Pero ¿cómo puede ser de pega si no lleva cola?

Eme (Zaragoza).

El cobrador.—Está prohibido fumar en el tranvía.

El pasajero.—¿Pero si tengo el cigarro apagado!

El cobrador.—Pero lo tiene en la mano.

El pasajero.—También tengo las botas en los pies y no ando.

Manuel Martínez Larranz (Madrid).

## CUPÓN

correspondiente al n.º 461 de

### BUEN HUMOR

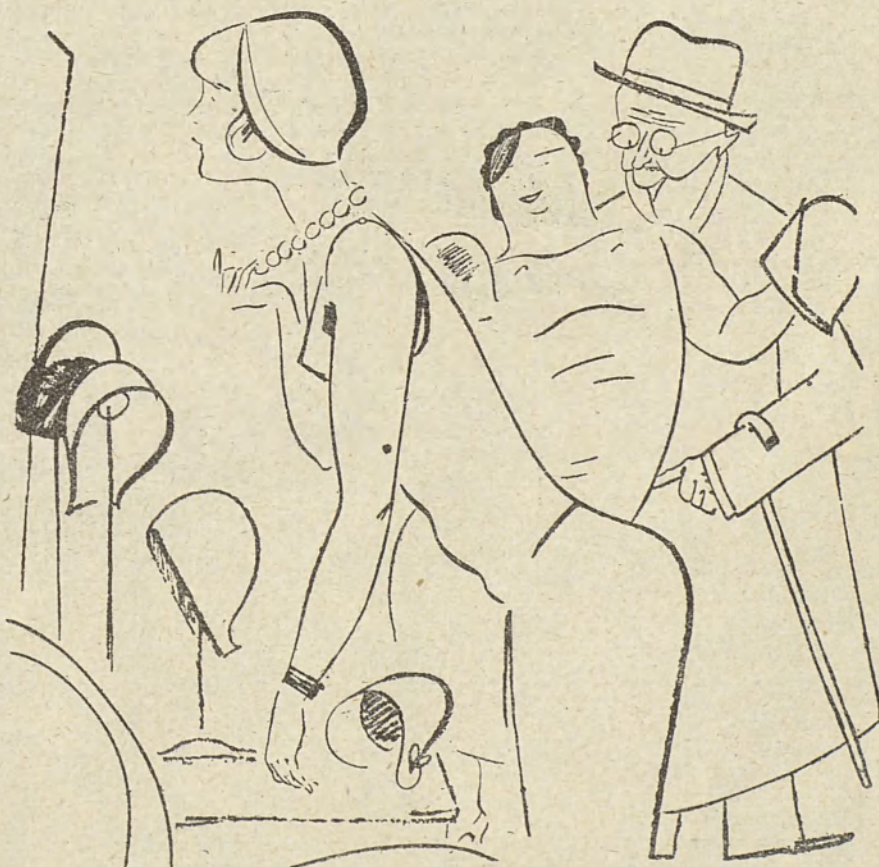
que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

Estaban varios amigos reunidos y discutían sobre nuestros primeros padres, Adán y Eva. El que llevaba la voz cantante decía que por comer de la fruta prohibida Dios los arrojó del paraíso...

A lo que contestó uno de la reunión sin dejarle acabar:

—Sí; los arrojó del paraíso y los mandó a butaca.

Santiago Esteve (Carabanchel Bajo).



### SUPREMO ARGUMENTO

—Vea usted, señorita, lo originales que son mis creaciones...; fíjese bien... Hasta a vuestro papá observo que le gustan extraordinariamente mis formas...

(De Jude.)





# Correspondencia muy particular



**C. A. B. (Barcelona).**

Esa historia de Ramón, que tocaba el saxofón en un "concert" de Girona, ha terminado en "Cestona". ¡Qué horrible terminación!...

Pero, ¡ay, amigo mío!, nos ha sido manifestamente imposible encontrarle otra tan adecuada y lógica.

**S. R. M. (Madrid).** — Hace usted mal en sentir esos temores cada vez que se dirige a nosotros. Usted no es nunca pesado en esta casa. Los que son algo pesados son sus artículos; pero, por desgracia, nosotros ya estamos bastante acostumbrados a eso, y no nos produce la cosa mayor fatiga que la que podemos soportar.

De modo que puede usted continuar hasta que lo tenga por conveniente. No creemos que le dure a usted la cuerda cien años, ni mucho menos, por desgracia para la literatura humorística española.

**T. L. H. (Salamanca).**

"Las confidencias de Bruna" no tienen gracia ninguna.

**B. P. J. (Albacete).**—Su artículo nos habría gustado una barbaridad si la muerte violenta del protagonista hubiera sido seguida de la muerte violentísima del autor.

Pero, ¡la verdad!, quedando usted vivo, no es negocio.

**R. G. O. (Valencia).** — Eso no es admisible entre personas bien nacidas. Ni entre personas nacidas regularmente tampoco.

**Leal (Valladolid).**

Aunque me parece mal tratarle a usted con rigor, debo decirle, Leal, que es usted un animal de los de marca mayor.

**P. P. Hillo (Madrid).** — No nos da la real y palaciega gana de aceptar su composición.

**E. R. C. (Jerez de la Fron-**

**tera).**—Tiene usted menos salero que un sacerdote moscovita enfermo del hígado.

**C. A. M. (Alicante).**—Ha llegado usted más tarde que mi sastre cuando viene a cobrar.

**Telramondo el Terrible (Tallavera de la Reina).**—No sirve.

**D. L. P. (Madrid).**

¡No nos ha hecho sensación su imitación de Ramón!

¡¡Pon!!

Este ¡¡pón!! es el ruido que ha hecho el informe mamotreto al caer al cesto, para que usted se entere.

**A. P. S. (Burgos).**

No haríamos buen negocio con admitir su "¡Buen socio!"

**L. H. V. (Sevilla).**—Lo mismo que nos podría haber dado por admitir su artículo y publicarlo, nos ha dado por no

admitirlo y dejarlo sin publicar.

¡Ya ve usted qué tontería!

**Dibujantes que han tenido que experimentar el hondo disgusto de ver sus obras de arte tratadas a mano airada y llevadas a la sarcófaga papelera sin posible apelación.**—A. Campos, A. Ruiz, Ceref, C. N. P., El moro Muza, Uruguayo, Pérez Osote, Gallardo-Juárez, A. Almendros (Madrid); Cervigón (Valencia), G. Gomiz Marín (Madrid), Ala (Barcelona), Panach (Valencia), A. Ruiz (Logroño), O. Retter (Madrid), S. Dasí (Valencia), Barbati (Zaragoza), J. P. Criado (Madrid), Metri (Barcelona), Polifago (Castellón de la Plana), R. Timón (Madrid), Bosch (Valencia), Martí Bas (Barcelona), Nosotras (Madrid), J. Baqué Ximénez (San Sebastián), Chiva (Valencia), Pedro Muñoz, Contadina, Carraseo,

Lozano del Río, C. Ferino, Pepe Cort, Gutiérrez, Lagarza y Teodoro Escrich.

**Manolo (Madrid).**

Lo que nos manda Manolo es imbécil como él solo.

**J. Pérez Gandía.**—Usted no lo hace mal del todo. Insista, que quizás tengamos cerca un satisfactorio éxito.

**J. Z. R. (Bilbao).**

Estamos hartos de cosas, como las de usted, tan sosas.

**M. R. A. (Barcelona).**—Antes que aceptar eso aceptaría yo hasta el terrible y activísimo y antipático y cadavérico veneno de los Borgias (que en paz descansen).

**S. R. D. (Valladolid).**

Es más mala que un demonio su "Oración a San Antonio".

**O. E. A. (Madrid).**—¡Respire usted tranquilo, infeliz mártir de la impaciencia! ¡Su artículo verá la luz pública cualquier día de los que todavía quedan en el calendario perpetuo!

**T. Q. B. (Madrid).**

Siento mucho contestar que "eso" no llegó a gustar. Usted tal vez confíase en que quizá sí gustase. ¡Lo deploramos la mar!

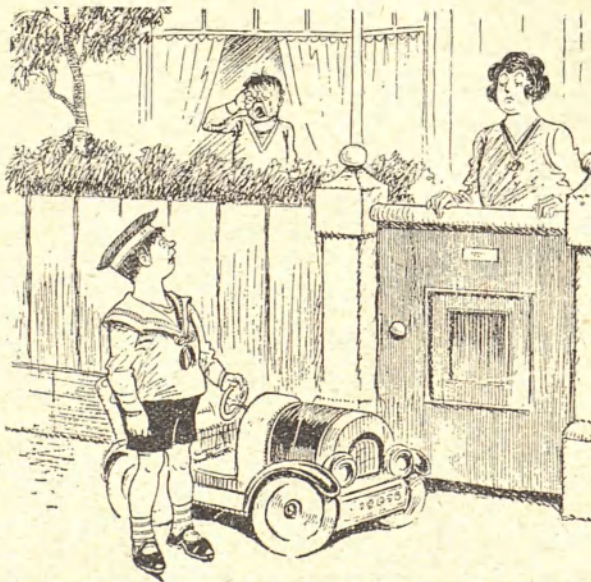
**M. F. P. (Murcia).**—Su obraseudoliteraria queda rechazada para siempre; y si nos fuese posible, para un poco después todavía.

**J. K. (La Coruña).**—Usted todavía está muy verde para que podamos mantener con usted un rato de conversación en serio.

**L. D. V. (Logroño).**

"La camisa de la Juana es un poquito marrana."

Y no es que me refiera a la camisa de esa pobre muchacha en sí, sino a las inverecundas atrocidades que vierte usted a costa de la voluptuosa prenda.



—¿Quiere usted decirle a Paquito que salga con su coche para hacer una carrera?

—No. Atropelló ayer a un anciano, y le he retirado la licencia por tres días.

(De The Passing Show.)





# CREMA LIDA

## RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO  
URQUIOLA-MAYOR.1  
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid



# BUEN HUMOR



En Hollywood. Ayuntamiento de Madrid  
—¿Cuánto te ha llevado el abogado por encargarse de tu divorcio?  
Otro día. No me ha concedido la exclusión.